

Las fuentes en los estudios regionales: un desafío

Nidia Areces

Estudios del ISHiR, 17, 2017, pp 56-69. ISSN 2250-4397

Investigaciones Socio Históricas Regionales, Unidad Ejecutora en Red – CONICET

<http://revista.ishir-conicet.gov.ar/ojs/index.php/revistaISHIR>

Biblioteca digit@l

(textos originales en un nuevo formato)

Las fuentes en los estudios regionales: un desafío*

Nidia R. Areces (CESOR-ISHiR/ Universidad
Nacional de Rosario)

Introducción

Los desafíos que implican localizar e interpretar las fuentes en los estudios regionales encierran una serie de cuestiones, entre otras: ¿a qué archivos remitirse y por qué?, ¿a qué fuentes acudir?, ¿la investigación que se realiza condiciona el tipo de fuente a consultar?, en síntesis ¿cuáles son las operaciones heurísticas prioritarias para alcanzar una historia regional no encerrada en sí misma y, por consiguiente, contextualizada, analizada en relación con los elementos y fenómenos que la rodean en tiempo y espacio?

Si se hace referencia a la heurística como arte de inventar o como investigación de documentos y fuentes históricas, se debe considerar a ésta como operación fundamental y básica de la investigación histórica entendiendo que su propia elaboración depende de la perspectiva que se asuma para alcanzar los objetivos propuestos, es decir la localización y la recopilación de las fuentes documentales, la materia prima del oficio de historiar. Como sustantivo, el término heurístico hace referencia a la disciplina del descubrimiento y, por consiguiente, susceptible de ser investigada formalmente. Como adjetivo identifica, por ejemplo, estrategias, reglas y/o conclusiones heurísticas. Ambos usos están íntimamente relacionados puesto que habitualmente esta disciplina propone estrategias que orientan el camino para despejar las cuestiones que se plantean sobre su objeto de investigación, las fuentes históricas.

El trabajo propone posibles respuestas a las preguntas formuladas teniendo como base el compromiso del historiador interesado en los estudios regionales para iniciar la búsqueda, encontrar hallazgos y alcanzar descubrimientos siendo algunas de esas pistas las que por cierto marcan el rumbo a seguir cuando al explorarlas comienzan a formularse preguntas que exigen resolución. Para hacerlo, el historiador está obligado a realizar las operaciones necesarias que lo conduzcan a descifrar, examinar y recopilar los datos y las referencias entendiendo que la validación de esta primera etapa compromete el éxito de las siguientes. Por consiguiente se entiende que un sólido arranque investigativo le

* Ponencia presentada en el *XIV Encuentro de Historia Regional Comparada Siglos XVI a mediados del XIX*, organizados por el Programa Interuniversitario de Historia Social Enfoque Regional (PIHSER). Santa Fe, mayo 2012

permite hacer los apuntamientos, las acotaciones y las observaciones que lo introducen en la escritura de la historia siendo ésta, en gran medida, el resultado de la aplicación de determinados procedimientos metodológicos y técnicos. Una escritura que no debe ser repetición de las fuentes sino un desprenderse de ellas para trascenderlas a través de la básica interrogación acerca del cómo y del porqué de los registros y de los no registros, de sus significados y de las interrelaciones que pueden establecerse con otros datos, para continuar con los siguientes pasos concernientes a la interpretación. La tarea investigativa emprendida persigue como finalidad desbrozar y encaminar el universo que se está construyendo para lo cual es necesario hacer comprensible el acontecer histórico interrelacionando relato y concepto a través de un discurso lógico y coherente. Se arriba finalmente a la etapa de síntesis, la que no debe considerarse como conclusión definitiva sino como resultado abierto de las ideas y las cuestiones fundamentales planteadas.

Partiendo de estos considerandos, la propuesta analítica que se presenta parte de la base que para llevar a buen término las investigaciones, entre otras las de carácter regional, hay que justipreciar las condiciones y los recursos teóricos y metodológicos que las hacen factibles y que posibilitan el reconocimiento de la capacidad que tienen para abordar, explicar y comprender problemas históricos. En este sentido, es imprescindible tomar todos los recaudos para que las tareas de búsqueda, localización y registro de fuentes se lleven a cabo con el mayor esmero y meticulosidad empleando los recursos técnicos y metodológicos pertinentes.

La historia regional y los archivos

En primer lugar, cabe insistir en que la Archivística ha dejado de ser un oficio para pasar a ser una profesión, de ser una práctica para pasar a ser una disciplina científica. El papel de conservador, servidor y custodio de documentos se ha transformado en el de un profesional versado en un gran número de ciencias y técnicas que exigen una formación necesariamente interdisciplinar. La labor de este profesional es imprescindible para el historiador puesto que de los vínculos que entre ellos se establecen depende en gran medida el éxito de la tarea heurística que se emprende.

En esa tarea de búsqueda de fuentes, el historiador se enfrenta a lo que Arlette Farge denomina *La atracción del archivo*, deteniéndose para explicarla en *Los gestos de la recolección* y reflexionando sobre la transformación epistemológica operada a partir de la revisión crítica del valor del documento y la definición de un método de análisis histórico al que libra de las sujeciones antropológicas. Sostiene acertadamente que el peso de “la atracción del archivo” lleva a la dificultad de emprender las siguientes etapas investigativas, en particular la interpretativa. Al analizar los discursos que se refieren a los cuerpos del pueblo francés en el siglo XVIII, la historiadora francesa integra a esta empresa una labor genealógica desde una visión política de las sensibilidades y emociones

que atraviesan a los cuerpos en la medida que los relaciona con el poder que se inscribe en ellos.¹

El mismo espacio ocupado para la conservación de los archivos ejerce una atracción del cual es difícil desprenderse teniendo en cuenta que es un recinto que encierra un profundo simbolismo por ser, entre otras cosas, depositario de la memoria histórica y, como tal, custodio y transmisor de la misma. Por sí mismos, los archivos coadyuvan a la afirmación de las identidades locales ineludiblemente inmersas en un mundo globalizado. Se erigen así para el historiador en lugares de palabras captadas, en zócalos que les permiten descubrir huellas de la vida de los hombres tanto las que dejan intencionalmente como de aquellas que pueden ir descubriendo.

Para las investigaciones regionales y locales es esencial acudir inicialmente a los reservorios de documentos situados en estos espacios. Esos archivos ofrecen ámbitos de trabajo domésticos que posibilitan establecer relaciones más directas con el personal. Asimismo la búsqueda se facilita por el conocimiento que dicho personal tiene de los fondos depositados y, sobre todo, de aquél que deriva de sus vínculos con la comunidad.

Una cuestión más que implica otro ángulo de abordaje. Realizar estudios históricos regionales empleando fuentes primarias preservadas en centros locales de documentación ayuda a alejarse de una excesiva y peligrosa globalización que, si no se tienen ciertas prevenciones, nutre la visión proyectada desde el gran centro capitalino. Es innegable la riqueza de estas fuentes existentes en las distintas regiones aún de las más recónditas, puesto que en casi todas existen archivos estatales, municipales, eclesiásticos, personales y de otros tipos, inexplorados o sólo apreciados por historiadores autodidactas locales. Por otra parte esta consideración conduce a plantear que para hacer historia regional y local se hace necesario acudir/consultar los repositorios nacionales e internacionales para cotejar y contextualizar la información, mirada que hace tomar distancia de excesivas empatías provincianas que llevan a mirar con anteojeras las cuestiones que se desean abordar.

En contrapartida, la indagación de los procesos regionales permite rescatar, desde otra perspectiva, el sentido de la historia general. Precisamente, el reto para el historiador que hace historia regional es interrelacionar de una manera creativa a ésta con la historia nacional. Ambas al complementarse entre sí muestran el valor y la entidad de un pasado histórico que ha sido relegado al focalizarse en el centro y no considerar el conjunto y las ilaciones de éste con los otros espacios periféricos. En este punto es válido traer a colación la conocida afirmación que “sin buenas historias regionales y locales no puede haber una buena historia nacional”. Obviando la categorización antitética entre centro y localidad, entre historias regionales y nacionales y/o mundiales, sino por el contrario, sostener su mutua necesidad, complementariedad y diálogo con la

¹ Farge, Arlette (2008) *Efusión y tormento. El relato de los cuerpos. Historia del pueblo en el siglo XVIII*, Buenos Aires, Katz editores.

finalidad de reconocer su inherente potencial creativo. Podría afirmarse que los proyectos de regionalización en el mundo de hoy constituyen un punto de partida ineludible del quehacer de la historia regional, un aquí histórico en un orden supuestamente globalizado con pretensiones de integración y, contradictoriamente, cada vez más fracturado por la eclosión de distintos fenómenos socio-políticos como los desplazamientos de poblaciones motivados por guerras, por supervivencia, entre otras múltiples causas.

Tanto las historias regionales/locales como las nacionales tienen como propósito componer, como las piezas de un rompecabezas, la historia de las sociedades y, por lo tanto, recoger la existencia histórica de conjuntos sociales que son diversos por los rasgos que los caracterizan pero que también comparten y que los asemejan a otros. Por lo que si bien las fuentes prioritarias a los que acude el investigador responden a su temática específica, remitirse a otro tipo de fuentes permite incorporar otras variables de análisis que pueden incorporar tanto innovaciones como contribuir a la complejidad del análisis.

En los últimos años, dado el desarrollo y auge de los estudios regionales se aprecia una mayor preocupación y valoración de los repositorios locales de fuentes, teniendo en cuenta la preservación y el tratamiento que tienen esas fuentes muchas veces devastadas por la miope visión de los funcionarios de turno. Son los investigadores y otros interesados los que acuden al salvataje de “cosas y papeles viejos” depositados en abandonados archivos, documentación a la que se pretende vender y/o destruir. Con frecuencia inusitada cientos de legajos son subastados o reciclados a sabiendas que un gran número de ellos contienen información inapreciable para los historiadores y para la comunidad en su conjunto.

El objetivo primordial de los archivos es precisamente la conservación del patrimonio y su difusión, objetivos que junto a sus otras funciones inciden en el fomento de la investigación y de distintas prácticas culturales. Hoy en día, las competencias de los archivos se han acrecentado en la medida que las nociones de cultura y memoria, entendidas en un sentido amplio como registro o huella, atraviesan todos los repositorios. Cultura y memoria están íntimamente ligadas al tiempo siendo éste concebido no sólo como la coordenada compleja y multiforme donde se desarrollan todos los fenómenos humanos sino por la inclusión en él de las experiencias vitales constituyéndose en registro de historias personales y colectivas que coadyuva a configurar sus identidades, proceso inherente al conglomerado social y al compromiso que éste tiene con su pasado, presente y futuro.

En esta primera etapa exploratoria, la búsqueda debe ser constante y sistemática si se pretende la originalidad y la creatividad y no la repetición con respecto a los anteriores tratamientos historiográficos que una vez estudiados siempre sirven de plataforma de arranque y que deben ser analizados en profundidad. En este camino muchas veces interviene el azar, lo fortuito, el encuentro inesperado no registrado anteriormente que, por cierto, asombra y gratifica. El rastreo de las

fuentes tiene que responder a una búsqueda realizada con eficacia, a planteamientos rigurosos y a reflexiones críticas acerca de las mismas.

No sólo hay que utilizar los textos, la historia puede y debe hacerse con todo lo que el ingenio del historiador le permita aprovechar y aportar, un poema, un cuadro, un drama son documentos, es decir todos aquellos testimonios dejados por los hombres a lo largo del tiempo.² En este sentido, es quizás conveniente utilizar términos como fuente, o testimonio, o memoria, más englobantes que el de documento cuyo sentido de fetiche ha sido superado en gran medida por los avances tecnológicos. Estos a más de los debates epistemológicos han puesto en jaque a los parámetros de la heurística tradicional y a sus básicas variables: la concepción del hecho histórico mismo y la necesidad de diferentes tipos de fuentes para documentarlo.

Con la recopilación exhaustiva, selección, jerarquización y la posterior contrastación, comparación e interrelación de datos encontrados en todo tipo de fuentes: escritas, orales, materiales, audiovisuales, etc. se inicia la conformación del universo histórico que motiva al investigador y sobre el cual se basa su trabajo, aunque no por eso deja de realizar nuevas búsquedas en función del resultado de las confrontaciones. Es un proceso de conquista, construcción y constatación que implica, “rechazar al mismo tiempo el empirismo que reduce el acto científico a una comprobación, y el convencionalismo que sólo le opone los preámbulos a la construcción”.³ En esta manera de abordar la realidad social, todo acto de investigación es, a la vez, empírico y teórico. Se acuerda por consiguiente con Pierre Bourdieu quien como partidario de una ciencia social total no coincide con el teoricismo, actitud que opone resistencia a lo empírico, ni con el metodologismo, tendencia que lleva a cultivar el método por sí mismo y a separar la reflexión sobre el método de su utilización concreta en el trabajo científico.

Los indicios a encontrar y explorar

Es por cierto indudable que existe una preocupación por la empírica y por la metodología en el marco de las investigaciones históricas regionales. Su discurso se emparenta con las preocupaciones que sobre éstas tiene el amplio campo de las ciencias sociales. Precisamente, la interdisciplinariedad, la mirada que abarca ese complejo campo induciendo a la reflexión y sistematización de los conceptos, posibilita tener en cuenta distintas perspectivas de abordaje de la realidad al cruzar los límites tradicionales entre varias disciplinas y/o entre varias escuelas de pensamiento. De esta manera, el discurso histórico se apoya sobre pautas metodológicas renovadoras emparentadas con dichas ciencias y que conducen no sólo a registrar y almacenar los acontecimientos sino a dotarlos de coherencia y significación.

² Febvre, Lucien, (1974) *Combates por la historia*, Barcelona, Editorial Ariel, pp. 29-30.

³ Bourdieu, Pierre (1975), Chamboredon, Jean-Claude y Passeron, Jean-Claude, *El oficio de sociólogo*, Buenos Aires, Siglo XXI, , p. 25.

En esa exploración de los acontecimientos, uno de los objetivos a alcanzar por parte de los historiadores abocados a la historia regional es facilitar la reinterpretación de los fenómenos macro, aproximación analítica que evita la parcialización de los estudios cuya óptica es la regional/local. Esta parcialización o mejor dicho la historia regional/local “vista con anteojeras”, la ubica en minusvalía respecto a las historias nacionales planteándose en este sentido controversias en el ámbito académico entre hermanas mayores y menores. Otra perspectiva que muy poco beneficia a la historia regional/local es la que la hace equivalente a la nacional, amplificando erróneamente su objeto de estudio. Tanto una como otra perspectiva son erróneas al distorsionar el sentido mismo del objetivo de la historia regional que busca estudiar la historia de regiones particulares no sólo en sí mismas sino contextualizadas en espacios más amplios nacionales y mundiales.

El primer paso es el de la crítica externa, es decir, la revisión del modo conforme al cual los hechos históricos fueron registrados, fundamentalmente el esclarecimiento de cuál fue la finalidad de ese registro comenzando por establecer su autenticidad, datación e integridad que, en gran medida, dependen que no se hayan producido manipulación, adulteración u otro tipo de deshonestidad durante su formulación, emisión y transmisión. Los fundamentos y las prácticas de la crítica externa han sido trabajados en profundidad por los tratados de heurística, cuestiones a las que no nos abocaremos.

Evaluadas las anteriores condiciones por el historiador se penetra en la crítica interna que se interesa por establecer básicamente credibilidad y significados tratando de determinar el grado de exactitud y mérito que caracteriza la información/dato aportado, entendiendo que una fuente auténtica no garantiza que su información sea relevante. Entre otras cuestiones, se hace necesario reconstruir toda la serie de causas intermedias que produce el documento en cuestión.

En cuanto a la interrogación de las fuentes, la propuesta se basa en la racionalidad de los por qué... mediante una lógica policial, a través de un conjunto de pruebas, para posteriormente inferir, al mejor estilo Sherlock Holmes, y así reconstruir un caso histórico. Agnes Heller sostiene que “El primer paso que da la historiografía en cuanto saber científico es descifrar el mensaje que nos da el rastro, o si no buscar rastros que nos lleven a mensajes que leer. Tal proceder tiene que ser *metódico y crítico*”,⁴ por lo que se sostiene que la crítica racionalmente conducida puede llegar a ser un instrumento de conocimiento.

La interrogación se realiza mediante distintos procedimientos de tipo, por ej., estadístico, cualitativo, etc., pero sobre todo depende de la correcta formulación de las preguntas siendo una cuestión fundamental dar cuenta de la pseudo neutralidad de las fuentes y/o la contaminación por distintos factores, con el objetivo de justipreciar su validez y, en consecuencia, la entidad de los datos que

⁴ Heller, Agnes (1982), *Teoría de la historia*, Barcelona, Fontamara, p. 74.

éstas contienen. Precisamente una manera de aprovechar ciertos datos es evaluando la información que se desprende de ellos sobre todo cuando se transmiten juicios de valor (opiniones, reacciones ante determinadas medidas o acontecimientos, etc.).

Otra manera de abordar las fuentes históricas es considerarlas “como eslabones de una serie lineal de acontecimientos, o sucesos contingentes, es decir, la historia tal como realmente aconteció”. Lo que no significa que pueda ser plenamente conocida. Esos acontecimientos, esos sucesos son eslabones que resultan útiles para construir una secuencia narrativa. Se puede apreciar que “una reconstrucción de esta clase -por mucho que pueda ser despreciada por filósofos, sociólogos y por la mayoría de los historiadores contemporáneos – es un componente esencial de la disciplina histórica, un requisito previo y una premisa de todo conocimiento histórico y la base de toda noción objetiva de causación”.⁵

Otra forma posible de interrogar los datos históricos consiste en situarlos como eslabones de una serie lateral de relaciones no sólo sociales, sino también ideológicas, económicas y políticas. Se deduce, y esto es importante, que se trata de percibir cómo a través de una fuente y lo que ella registra se da razón de todo un universo social. Asimismo, los hechos históricos detectados a través de las fuentes pueden ser interrogados en tanto que datos portadores de estructura, por ejemplo, al analizar la tenencia de tierra, las formas de compra-venta se dan como hechos que están inscriptos en los registros de tierra, pero su significado no puede comprenderse independientemente de una entera estructura de régimen de propiedad y de un orden legal correspondiente, esto es, dentro de un sistema de tenencia de la tierra.⁶ Los hechos que se reconstruyen a partir de los datos recogidos se constituyen en mecanismos que se utilizan en la investigación funcionando como índices que apuntan al sistema. La consideración de estos índices permite plantear preguntas indicativas que son las que van despejando el camino exploratorio a seguir. Un paso fundamental es la constatación y contrastación de los datos con otros obtenidos en diversos testimonios que se localicen sobre el particular. Precisamente la combinación y la confrontación de fuentes se constituyen en una de las mejores técnicas del análisis heurístico.

Estos procedimientos se llevan a cabo sin olvidar que para realizar una lectura crítica es necesario ubicar las fuentes en el contexto en que fueron producidas. Por ejemplo, un acto político será puesto en escena por los organizadores del evento de modo diferente que por un opositor del partido. La contextualización puede plantearse entonces como una serie de preguntas que se le hace al texto con el objetivo no sólo de analizarlo sino de ubicarlo en tiempo, espacio, emisor, destinatario, etc., es decir, la producción de las fuentes históricas se corresponde con determinadas condiciones históricas y con el interés de un actor o grupo

⁵ Thompson, E. P. (1981) *Miseria de la teoría*, Barcelona, Crítica, p. 53

⁶ Thompson, E. P., *op. cit.*, p. 54.

específico para conservar o modificar esas condiciones. Por consiguiente, se hace necesario reconstruir la relación entre la fuente y las condiciones históricas en que tuvo lugar su producción, pretensión esta que constituye, precisamente, uno de los aspectos que permite diferenciar la tarea del historiador de la del cronista.

En resumen, a partir de esta primera etapa, se plantea cómo concebir el acontecer histórico y el proceso cognoscitivo indispensable para hacerlo comprensible. Hay que apuntar que esto es válido en la medida que consideremos que la construcción histórica constituye un proceso lógico que presenta una serie de regularidades relativas, continuidades y rupturas, susceptibles de ser rescatadas por el historiador.

Si bien es fundamental la forma en que el historiador interroga a los hechos, la lógica del proceso histórico no está dada sólo en principio por la teoría y el bagaje conceptual utilizado por el investigador [que de ninguna manera deben obviarse], hay que tener en cuenta que el acontecer histórico constituye de suyo un proceso coherente necesitado de teoría y concepto que se abre a partir de los datos empíricos. El conocimiento histórico como cualquier otro se construye con información y con conceptos, estando ambos ligados dialécticamente. Específicamente el quehacer histórico no proporciona laboratorios para la verificación experimental, pero en cambio suministra evidencias de causas necesarias, entendiendo que el proceso histórico es siempre interferido por eventualidades que invalidan toda regla. Una deducción fundamental es entonces que, en particular en la historia, es necesario establecer un fluido diálogo entre los datos empíricos y los conceptos teóricos. Y esos datos empíricos, se obtienen básicamente a partir del rastreo y localización de las fuentes teniendo en cuenta que éstas permiten una primera aproximación al fenómeno histórico, al universo social al que hacen referencia e insinúan el proceso histórico que se está experimentando.

En este punto es importante detenerse en un aspecto del resultado del trabajo con las fuentes. Se tiene que pensar que su cotidiana manipulación, el constante diálogo entre sus lagunas y sus detalles, crea un mundo intermedio entre éstas y el texto. Se construye una materia intermedia y es precisamente el recurso a la teoría el que no sólo permite la interpretación sino que hace inteligible esa materia intermedia. Es indiferente que esta sea una serie o un texto, o que la serie sea una forma sintética de narración sobre, por ejemplo, la entrada de inmigrantes o el comercio exterior de Buenos Aires, o que sirva para la elaboración de un modelo contrafactual sobre el papel de los ferrocarriles. Es igualmente indiferente que el texto sea la prosa de un estudio comprensivo sobre los mecanismos con los cuales los actores surgidos de las comunidades indígenas estructuran un espacio de autonomía en el interior del sistema colonial, o que constituya el lenguaje natural con el cual se formulan y verifican las hipótesis neoclásicas sobre el papel de las instituciones en el crecimiento económico. En cualquier caso, la realidad intermedia con la que trabaja el historiador requiere formas de validación respecto de sus relaciones con el

mundo, imposibles de formalizar, pero no por ello menos exigentes sobre los resultados. Es la manera que el historiador tiene de acercarse al fenómeno histórico y a la comprensión del mismo.

Al igual que la ficción, la estructura de esta realidad intermedia, contiene las posiciones en el texto desde donde se organizará su restitución parcial. Aunque éstas pocas veces se expliciten, representan los alcances globales de la peculiar abstracción de la cual el trabajo final forma parte. Al llegar a este punto podemos aceptar que "el punto de vista del investigador se convierte en parte intrínseca del relato".⁷ Quizás el significado que encierra esta cita es aquí un poco abusivo, pues en última instancia forma parte de un desarrollo referido a los problemas de la prueba y de la verosimilitud del relato que se construye, un relato que ineludiblemente tiene como referente básico a las fuentes.

En las fuentes se pueden observar directamente conjuntos concretos de personas entrelazadas, observación que se realiza con el objeto de estudiar simultáneamente aspectos claramente distinguibles de sus comportamientos, de sus acciones, de sus experiencias, puesto que la historia se encuentra vertida en la sociedad humana. Este tipo de observación por parte del historiador presenta fuertes similitudes con el trabajo del novelista, pero también tiene bastante de la errática recopilación del erudito cuya ilusión totalizadora suele compartir, sin dejar de contener algunas presunciones conceptuales. La ilusión está forzosamente contenida en la materia intermedia que se crea y constituye un sistema de posiciones que se adoptan en la restitución del texto. Ideal necesario, pero límite aún en relación a las estrechas fronteras de la materia intermedia, al cual no se puede dejar de acercarse asintóticamente si pretendemos escapar al razonamiento circular de los estudios basados en categorías preestablecidas.⁸

Las lagunas presentes en toda organización de un trabajo histórico no se deben, como se sabe, a que aquellas están presentes en las fuentes.⁹ Aún si se dispusiera de los recursos de un narrador omnisciente, su materia es una abstracción. Siguiendo con el ejemplo, el estudio de grupos concretos de personas supone pensar los fenómenos observados como una intuición de su unidad y de su compleja articulación a las reglas de juego que los generan. Así se puede apreciar que la frontera entre la descripción y la elaboración de modelos se torna muy elástica. La existencia o no de lagunas no termina impidiendo la "recreación" histórica. Constatación de un hecho más o un hecho menos, la cuestión es cómo avanzar en esa recreación. Para poder llevarla a cabo entran otra serie de operaciones lógicas propias del proceso investigativo.

⁷ Levi, Giovanni (1991), "On Microhistory", en Burke, Peter (ed.), *New perspectives on Historical Writing*, Oxford Polity Press, pp. 93-113.

⁸ Una asíntota es una función cuya representación es gráfica y en forma de línea recta o parabólica que, dentro de un trazo aleatorio, su trayectoria es de aproximación a una curva que representa a otra gráfica de otra función; ambas tienen sus límites dentro del área definida por la integral que asocia la razón de ambos gráficos. En términos simples, una asíntota es una recta a la cual otra función se le va aproximando indefinidamente. Es decir aproximaciones indefinidas.

⁹ Veyne, Paul (1971) *Cómo se escribe la historia. Ensayo de Epistemología*, España, Alianza.

En este sentido, una operación a tener en cuenta es la de examinar. El contacto con el archivo comienza con operaciones simples, entre otras el hacerse cargo manualmente de los materiales. Es un trabajo que requiere sus pausas, se diría, lentitud de las manos y el espíritu, a pesar del uso de avanzadas técnicas. Se necesita paciencia sobre todo en la lectura que casi siempre presenta dificultades por el estado de la documentación, por la caligrafía, por las anotaciones en los márgenes, pero el contacto directo con el escrito transmite algo que ningún texto puede dar y que se refiere a la forma como es pronunciado, a la modalidad como se lo intenta transmitir. La tarea del historiador se parece aquí a la de un intérprete y más aún a la de un descubridor puesto que seguramente lo esencial no aparece de entrada. El proceso es de leer y releer. Es algo que se desprende, emana, del mismo texto y que puede ser percibido de manera distinta por cada lector. Precisamente, es a partir de la lectura obstinada que se organiza el trabajo. No existe un trabajo tipo, para esto no existen fórmulas, mucho depende de la constancia, de la concentración y, sobre todo, de la obstinación. Todo esto hace que ir al archivo se transforme en una afición, en una saludable costumbre para el historiador. La búsqueda no sólo depende del trabajo que se dedica sino también de una, muchas veces importante, dosis de azar. Estos procedimientos iniciales conducen a la construcción de un nuevo objeto, porque al trabajar, se reutilizan formas existentes, intentando ajustarlas de manera diferente para hacer posible otra narración de la realidad histórica.

Otra operación a tener en cuenta en el trabajo de archivo es la de recopilar a partir de la cual se cuenta con los datos. Pero no todo se recopila, deviene un proceso de selección, de separación de documentos. Se desbroza para limpiar el camino, lo que no significa que lo que se descarta no pueda ser utilizado en otra ocasión. Ninguna guía de recopilación puede suministrar una orientación detallada del material a compilar indicando qué documentos son importantes y cuáles no lo son. En esto mucho depende de las habilidades del investigador, de su experiencia y capacidad para descubrir los indicios que permitan ubicarlos. En este aspecto, el autor depende exclusivamente de sus fuentes, que son el punto de partida y representan la experiencia que existe sobre el tema. La calidad de las mismas hace del trabajo especializado un éxito o un fracaso. Lo fundamental es no desviarse del eje trazado y tener siempre presente la finalidad de la investigación, dando pie a valorar lo que es apropiado o aprovechable para el tema específico que se investiga. Lo interesante en este proceso es que un documento remite a otro y así sucesivamente, cadena que brinda pistas para continuar con la investigación.

En el transcurso del trabajo de archivo, y para no caer en trampas y tentaciones, se hace preciso imponer una cierta distancia. Dejar pasar un tiempo y, una vez que se reflexione sobre lo examinado, comenzar a hacer los apuntamientos que llevan a la escritura de la historia. El saber interrogar es todo un aprendizaje que nunca concluye, En ese interrogatorio intervienen qué seleccionar, qué abandonar para que la escritura sea comprensible puesto que no todo puede

volcarse en el escrito. Se establece un juego entre lo esencial y lo inútil, pasos que se asemejan a los del errante sin rumbo definido hasta que se toman las decisiones adecuadas. Pero hay que hacer una prevención: cuidado con la identificación decidida de antemano para apoyar las hipótesis de trabajo. Identificarse significa anestesiarse el documento y la comprensión que se pueda tener del mismo. Asimismo, mimetizarse con el documento conlleva el peligro de no poder desprenderse de él, adherencia que traba su interpretación.

Cuando el archivo ya no declina fácilmente los trazos gruesos y los débiles de un cómodo "así es puesto que está escrito", el trabajo puede comenzar realmente. El atenerse a lo que la fuente transmite conlleva la tentación de incorporar extensas citas textuales en el discurso escrito incluidas con la intención de dar certidumbre al hecho que se narra considerando lo probabilístico y no la certeza absoluta.

En resumen, la narración histórica debe despegarse del relato de las fuentes para que no sea un meramente "informe de archivo" que remite a una gran cantidad de documentos, como lo denomina Hayden White.¹⁰ Despegar implica apelar en primer lugar a la interrogación del por qué y el cómo de su aparición en el manuscrito. Por ejemplo, el modelo dialéctico de investigación histórica - que presupone un conocimiento amplio que permita estudiar simultáneamente la estructura y los cambios temporales- da como resultado su propio tipo de narración histórica. Sea de este u otro tipo, la narración histórica es, por tanto, un texto de carácter científico y su expresión se corresponde con las peculiaridades que le son propias. Sin embargo hay que señalar que durante su elaboración se da un tiempo de sorpresas cuando se encuentra la palabra que va adquiriendo vida y que se encadena con otras palabras tejiendo la trama histórica.

La pretensión de todo historiador al realizar las tareas planteadas es lograr un cuerpo de fuentes adecuadas para el tema elegido, es decir, contar con un conjunto documental que le brinde la necesaria información y que, a su vez, sea confiable. Si lo obtiene éste seguramente le va permitir responder, de manera directa o indirecta, al mayor número de preguntas de diverso género, y continuar al mismo tiempo formulando problemas que lo orienten en la investigación.

Para la confección de los corpus históricos regionales que siempre tienen un significativo valor patrimonial se tienen que considerar las variadas dimensiones de las historias territoriales y las configuraciones humanas regionales. Es dable señalar que muchas veces los historiadores desconocen la riqueza de las fuentes regionales por estar apegados, más aún obnubilados, por los impresos difundidos e impuestos por las historiografías nacionales dando como resultado una imitación de los mismos. El mérito principal de estos corpus es brindar material que resultan de utilidad para que los historiadores escapen a la

¹⁰ White, Hayden (1992), *Metahistoria: La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. Fondo de Cultura Económica, México.

uniformadora y engañosa interpretación globalizadora haciendo uso de documentación que pueden contrastar y comparar con otras recopilaciones documentales regionales. En síntesis, constituyen una fuente de utilidad y reconocido valor para la comunidad científica y para la sociedad en su conjunto, de ahí la necesidad de la preservación y difusión de sus fondos documentales.

Algunas reflexiones para concluir

Si bien en el género historiográfico regional se ha avanzado en el terreno de la información se nota la ausencia de una metodología histórica regional. Es verdad que los historiadores que la construyen no dejan de aplicarla y que se han dado interesantes aproximaciones, pero profundizar sobre ella encauzaría algunos debates sobre problemas pendientes de esclarecimiento de la historia regional cuyo campo de aplicación –educativo, social, económico, cultural, etc.- encierra perspectivas tan prometedoras. Se entiende que uno de esos problemas es precisamente el que se aborda en este artículo.

Otro de las cuestiones a debatir es la de la interdisciplinariedad. Se entiende que ésta permite abordar importantes vacíos que aún existen en la historiografía regional en función de que a partir de esta mirada puede darse una apertura teórica-metodológica hacia los horizontes de otras disciplinas sociales. Esto, más la posición que se asuma como concepción de la región, seguramente conduzca a un mayor conocimiento histórico regional, coadyuvando a replanteos historiográficos que rompan las interpretaciones homogeneizadoras, focalizadas en las ciudades capitales que han desmerecido los aportes historiográficos regionales y locales.

Respecto al concepto de región, se puede decir que la sociedad en estudio, que cambia con el tiempo en concordancia con el lugar que ocupa, delimita analíticamente la región. Ésta queda así definida en la medida en que su vida social, la de sus moradores, encuentra y muestra ciertos límites en su hegemonía espacial con respecto de otro tejido social y prácticas culturales distintas o diferentes. Reflexionar acerca de la noción de región obliga a desbrozar el tejido de relaciones sociales presentes en un tiempo y espacio determinados. A su vez y paradójicamente, la idea del espacio regional se modifica en la medida que se avanza en su estudio y se incorporan nuevos conocimientos. Se lo recorta analíticamente sin abandonar la perspectiva metodológica y teórica de las disciplinas que contribuyen a su indagación. En cuanto a la determinación de la definición y explicación de una región, o de un proceso histórico-social regional es el trabajo de investigación es el que finalmente lo determina no teniendo necesidad de aplicar modelos preconcebidos. Los resultados de toda investigación metodológicamente correcta demuestran que los modelos explicativos se construyen en función de los fenómenos históricos que se estudian. Estos fenómenos son multivariados y complejos y siempre están vinculados a preocupaciones del presente que terminan orientando a los historiadores. Con ese posicionamiento es necesario realizar estudios que indaguen sobre períodos históricos no trabajados o escasamente trabajados

como el siglo XVII americano, en particular rioplatense, sobre problemas que han sido soslayados como los referentes a la fiscalidad y, ante todo, investigar sobre regiones olvidadas o desplazadas del campo historiográfico por, quizás, considerarlas periféricas. Es verdad que existen dificultades para indagar esas regiones debido, en gran medida, a que los archivos contienen escasa documentación o ésta se encuentra dispersa obligando a acudir a repositorios de otras localidades donde pueden encontrarse menciones, referencias, datos que coadyuvan a completar la información primaria obtenida. En este plano es ardua la tarea que le cabe a aquél que hace historia regional quien se ve obligado a seguir todas las pistas que se le presentan para lograr un corpus sustancial, de lo cual se desprende la necesidad de miradas comparativas e interdisciplinarias.

Hay que pensar que la relación entre las temáticas regionales y las fuentes es siempre dialéctica, unas y otras se adecuan al mismo tiempo que condicionan el diseño de una investigación cuyo nivel de factibilidad depende precisamente de esa ajustada correlación. Su resultante es la acertada enunciación de las hipótesis y de los problemas a indagar. Pero para un concienzudo investigador siempre las fuentes y el nivel de información obtenido le parecen insuficientes, por lo que recurre a multiplicidad de estrategias metodológicas para suplirlos. El camino de la investigación nunca es lineal y menos un sendero libre de obstáculos, salvarlos depende en gran medida de la motivación que se tenga, de la puesta a prueba de las capacidades y del esfuerzo que se haga.

Las innovaciones tecnológicas producidas en los últimos tiempos introducen cambios en los soportes y formatos informacionales y originan nuevas clases de documentos provocando transformaciones profundas en la historiografía que dan pie a desarrollarlas en otros trabajos, La aplicación de estas revolucionarias innovaciones tecnológicas abren nuevas perspectivas teórico-metodológicas. La digitalización de archivos documentales, fotográficos y filmicos pone a disposición de cualquier persona un conjunto patrimonial sin precedentes, acervo de múltiple utilidad para la investigación y la enseñanza entre otros usos. Es frente a estas transformaciones que se abren, a más de los señalados, otros desafíos para el historiador. Sin embargo, precisar los problemas y formular las preguntas significativas y pertinentes, momento creativo por excelencia, siguen estando en la base de toda investigación y en la realización de cada una de sus partes desde el registro de los hechos hasta llegar a las etapas de reflexión y de síntesis.

Bibliografía

ARÓSTEGUI, Julio (1995), *La investigación histórica: teoría y método*, Barcelona, Crítica.

- BAUER, Wilhelm (1970), *Introducción al estudio de la historia*, 4ª. Ed., Barcelona, Bosch,.
- BERNHEIM, Ernest (1937), *Introducción al estudio de la historia*, Barcelona, Labor,.
- BOURDIEU, Pierre, CHAMBOREDON, Jean-Claude y PASSERON, Jean-Claude (1975), *El oficio de sociólogo*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- CARR, Edward H. (1967) *¿Qué es la historia?*, Barcelona, Seix barral.
- FARGE, Arlette (2008), *Efusión y tormento. El relato de los cuerpos. Historia del pueblo en el siglo XVIII*, Buenos Aires, Katz editores.
- FEBVRE, Lucien (1974), *Combates por la historia*, Barcelona, Editorial Ariel..
- FERNÁNDEZ, Sandra (comp.) (2007), *Más allá del territorio. La historia regional y local como problema. Discusiones, balances y proyecciones*, Rosario, Prohistoria Ediciones,.
- HELLER, Agnes (1982), *Teoría de la historia*, Barcelona, Fontamara,.
- LEVI, Giovanni (1991), "On Microhistory", en Burke, Peter (ed.), *New perspectives on Historical Writing*, Oxford Polity Press.
- LLEDO, Emilio (1978), *Lenguaje e historia*, Barcelona Ariel.
- NICHOLAS, George y PRIGOGINE, Ilya (1987), *La estructura de lo complejo. En el camino hacia una nueva comprensión de las ciencias*, Madrid, Alianza Editorial.
- PRIGOGINE, Ilya (1993) *El nacimiento del tiempo*, Barcelona, Tusquets.
- THOMPSON, E. P (1981) *Miseria de la teoría*, Barcelona, Crítica.
- TOPOLSKY, Jerzy (1985), *Metodología de la historia*, Madrid, Ediciones Cátedra,.
- VAN YOUNG, Eric (1987) "Haciendo historia regional. Consideraciones metodológicas y teóricas", en *Anuario IEHS*, N° 2, Tandil – Argentina,
- VENEGAS DELGADO, Hernán (2010), *Metodología de la investigación en historia regional y local*, Santo Domingo, Archivo General de la Nación, Volumen XCI.
- VEYNE, Paul (1971), *Cómo se escribe la historia. Ensayo de Epistemología*, España, Alianza,
- VILAR, Pierre (1992), *Pensar la historia*, México, Instituto Mora,.
- WHITE, Hayden (1973), *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth Century Europe*, Baltimore y Londres, The Johns Hopkins University Press.